

*“Consolad,
consolad a mi pueblo,
dice vuestro Dios”*

Is. 40,1

10 Serie
CONSOLAMINI

Selecciones de Espiritualidad
Consolacionista

UNA TARJETA DE VISITA

**TRAYECTORIA
DE UN CARISMA**

**HERMANAS DE NUESTRA SEÑORA
DE LA CONSOLACIÓN**

Tortosa 2016



AÑO JUBILAR DE LA MISERICORDIA

Con la licencia de la Superiora General

PRESENTACIÓN

El presente trabajo no fue pensado para su publicación, ni elaborado sistemáticamente con un objetivo científico. Por el contrario, tiene su origen en el seno de la tarea formativa del Instituto de Hermanas de Ntra. Sra. de la Consolación. Se enmarca en el intento permanente de clarificar las ideas referidas a su Carisma y enriquecer la formulación del mismo.

Las páginas que siguen son fruto de largas reflexiones personales, compartidas después con grupos diversos de Hermanas de todos los niveles (postulantes, novicias, junioras y grupos de formación permanente) en encuentros de profundización en los que se fueron perfilando aspectos y afirmando intuiciones.

El “encuentro” con la profunda riqueza de nuestro Carisma de Consolación provocó siempre la admiración y el asombro ante la obra divina y el gozo inmenso por la participación que en ella nos ha sido concedida. Este gozo gratuito hizo brotar, repetidas veces, el deseo de que fueran recogidas en

una publicación las ideas que lo habían suscitado. Para responder a dicho deseo, con la esperanza de que podamos ahondar un poco más en el misterio de la Consolación divina, he tratado de ensamblar lo que en principio fueron reflexiones ocasionales en torno a un mismo tema. Todo se puede unificar en un simple esquema:

- Partimos de la experiencia histórica de la Congregación.
- Miramos a la luz de la Palabra de Dios.
- Escuchamos el mensaje de vida que sin cesar nos viene de ambas.

Ante todo este trabajo se dirige a las Hermanas de la Consolación, a las que ayer encarnaron el Carisma, como acto de gratitud por su fidelidad; a las que hoy somos el soporte personal del mismo, y a las que mañana serán llamadas a hacer presente en el mundo la Consolación de Dios.

No obstante cualquiera que tenga sensibilidad ante las obras de Dios puede acercarse a estas páginas para descubrir en ellas una “obra grande y maravillosa”, una filigrana de predilección regalada a la Iglesia de Cristo por el Padre de las misericordias y Dios de toda Consolación (Cf LG 43).

La Introducción precedente fue escrita por el 1998, cuando M. Rosario Cobo, Superiora General, me autorizó la publicación. Todo se limitó a simple preparación. Hoy, avanzado ya el siglo XXI, seguimos en el mismo intento de conocer más y vivir mejor el Carisma recibido. El área de expansión del mismo se ha ampliado. Más allá de las Hermanas, la Familia Consolación es un hecho gozoso para la Iglesia, un desafío y un estímulo permanente para las Hijas de María Rosa Molas.

Muchos laicos de todas las edades se sienten tocados por el mismo Carisma que María Rosa Molas recibió. Se sienten llamados y movidos a ser Consolación para el Mundo. Porque la Consolación no tiene propietario humano, es y viene de Dios. Somos solo cauces, instrumentos, mensajeros de algo que no nos pertenece, algo que Dios nos regala para el servicio de todos.

La II Asamblea de la Delegación de Asia celebrada en mayo de este año en Manila, fue el revulsivo que me movió a recordar el pasado trabajo. Al final de la Asamblea teníamos programado un día dedicado a la reflexión, el estudio y la oración sobre *Misericordiae Vultus* (El rostro de la misericordia), la Bula del Papa Francisco con la que convocó la celebración del Año Jubilar de la Misericordia.

Aquel Día fue un espacio providencial que Dios aprovechó. Espacio de paz y de trabajo del Espíritu Santo que, desde lo hondo de nuestro espíritu, nos hizo “volver a las fuentes”, a nuestras propias fuentes congregacionales, como nos pidió el Concilio Vaticano II, en este caso volvimos incitadas por las palabras del Papa.

En aquel incomparable momento apareció en mi mente y se fijó en mi voluntad un deseo, más bien un compromiso moral: sacar a la luz este simple trabajo de familia. Trabajo de todas que hoy puede ayudar a todos. La aceptación de nuestra Superiora General M. Emilia Sebastiá, presente en la Asamblea, le dio vía libre. A ella se lo agradecemos de corazón.

M. Teresa Rosillo
Cebú City. Filipinas
Julio 2016

Nota crítica

Las páginas que sigue están muy lejos de ser un trabajo científico. Describen sencillamente una serie de frutos de intuición, iluminada por la Sagrada Escritura, y sin duda, movida por el Espíritu Santo. La Biblia está abordada también lejos de la exégesis. Atendiendo solo a su sentido espiritual, a su mensaje.

Lógicamente se ha evitado el aparato crítico que podría ser abundante. Las citas bíblicas, incluidas en el texto, pueden suplirlo en parte. Proceden de diversas ediciones de la Biblia ya que ahora sería muy difícil identificar cada una de las consultadas y citadas en su momento.

Se trata de un trabajo inacabado, puede y debe continuar. Eso nos da la libertad de publicarlo. El ideal es que estas páginas sean un aliciente, una motivación para seguir a la escucha de los signos de los tiempos, de la Palabra, siempre “viva y eficaz” y de los movimientos del Espíritu Santo que vive y trabaja dentro de nosotros.

El poliédrico Carisma de la Consolación seguramente tiene todavía muchas caras ocultas que, cualquier día, pueden iluminarse y aparecer en la escena de la vida. Seguro que en los inicios del s. XXII se conocerá mucho más de la Consolación que ahora. Seguimos en camino, no se trata de llegar a meta determinada. Lo nuestro es precisamente seguir, seguir siempre, con Esperanza inquebrantable, superior a todas las desesperanzas.

Aparte su temática, lo más notorio de estas páginas quiere ser la gratitud, rezumando en el fondo de cada línea. Gracias a las Hermanas que me acompañaron en estos caminos: postulantes, novicias, junioras, comunidades, jóvenes Monitores de COM. Gratitud inmensa a M. Carmen Colera, que con su ánimo emprendedor, me puso en este camino. Gracias a M. Rosario Cobo que hizo el milagro de que no rompiera los papeles, antes bien los conservara más allá de Occidente donde nacieron, hasta este mundo asiático donde hoy vive la Consolación. Gracias repetidas a M. Emilia, nuestra Superiora General de hoy, que acogió la idea de continuar la entrañable serie Consolamini con este número 10.

CAPÍTULO I

En el presente

2016 pasará a la Historia de la Iglesia Católica como el Año de la Misericordia. Jubileo Extraordinario que está sacudiendo a la Iglesia y al mundo. Desde el 8 de diciembre de 2015, solemnidad de la Inmaculada, en que se abrió la Puerta Santa, hasta el próximo 20 de noviembre de 2016 Festividad de Jesucristo Rey del Universo, cuando se clausurará.

El Papa Francisco lo convocó por la bula *Misericordiae Vultus*. A lo largo de los días que van transcurriendo, el Papa sigue anunciando al mundo con entusiasmo una nueva forma de ser y vivir mirando a Jesucristo, el verdadero rostro de la Misericordia de Dios y siguiendo sus pasos, con sus mismos sentimientos, actitudes y acciones.

Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre. El misterio de la fe cristiana parece encontrar su síntesis en esta palabra. Ella se ha vuelto viva, visible y ha alcanzado su culmen en Jesús de Nazaret. El Padre, «rico en misericordia» (Ef 2,4), después de haber revelado su nombre a Moisés como «Dios compasivo y misericordioso, lento a

la ira, y pródigo en amor y fidelidad » (Ex 34,6) no ha cesado de dar a conocer en varios modos y en tantos momentos de la historia su naturaleza divina. En la « plenitud del tiempo » (Gal 4,4), cuando todo estaba dispuesto según su plan de salvación, Él envió a su Hijo nacido de la Virgen María para revelarnos de manera definitiva su amor. Quien lo ve a Él ve al Padre (cfr Jn 14,9). Jesús de Nazaret con su palabra, con sus gestos y con toda su persona revela la misericordia de Dios. (MV 1)

El Papa afirma con fuerza: Jesucristo es el rostro de la misericordia de Dios. Francisco descubre y afirma que la misericordia es la identidad más profunda de Dios. “Dios que consuela, perdona, y ofrece esperanza” (MV 3). Dios expresa su identidad mediante obras. Las que nosotros consideramos obras de misericordia, los canales por donde la Consolación de Dios llega a los humanos.

La lectura y la reflexión de la Bula convocatoria fue para las asambleístas de Asia de este año en general un gozoso recordatorio, una llamada festiva a redescubrir, valorar, agradecer y vivir el Carisma que María Rosa Molas recibió.

En la Bula el Papa parece meterse en la entraña de las reflexiones y el estudio que nuestra Congregación inició a partir del Concilio Vaticano II. De aquel camino, largo y esperanzado, emprendido por obediencia al Concilio Vaticano II que en el Decreto PC 2 pidió a todas las Congregaciones “un retornó constante a las fuentes de toda vida cristiana y a la primigenia inspiración de los institutos... pues cede en bien mismo de la Iglesia que los institutos tengan su carácter y función particulares”.

El Concilio habla de carisma como “carácter y función”. Hoy seguimos en la tarea de volver a las fuentes. Los pueblos que aún viven pendientes del agua de una fuente saben bien que a la fuente se va cada día, a veces varias veces al día pues sin agua no hay vida. Es cuestión de subsistencia.

Nuestra fuente congregacional primigenia está en la inspiración que María Rosa Molas recibió y en la sencilla vida que desplegó. El Papa Francisco con este Documento, síntesis que fortalece y confirma nuestras reflexiones en torno a la Consolación, nos recuerda la preciosa y urgente necesidad de volver a esa fuente.

La Bula ha sido la culpable de refrescar memorias y ponernos a remover papeles. Reflexionados y estudiados en momentos y grupos varios en toda la geografía congregacional. Momentos gozosos en los que todas las Hermanas tenemos alguna participación. Ahora, puestos en orden los papeles, intentamos una síntesis en la que todas podamos:

- Gozar recordando.
- Agradecer a Dios reconociendo tan gran beneficio.
- Continuar humildemente a la escucha de la Palabra y el Espíritu.
- Lanzarnos a vivir con nueva ilusión el estilo de vida cristiana que el Papa propone a todos los cristianos y gentes de buena voluntad. Para nosotras, Hermanas de Ntra. Sra. de la Consolación, estilo carismático prescriptivo e imprescindible.

CAPÍTULO II

Prehistoria de un carisma

Antes del Vaticano II se puede decir de forma jocosa que no teníamos carisma. En general las religiosas vivían entregadas a Dios en las tareas que caracterizaban a cada Congregación, sin pensar más allá de lo que fuera el testimonio de la Fundadora o Fundador con sus ejemplos de vida. Nadie en la Iglesia hablaba de carismas.

En las Cartas de San Pablo la palabra griega χάρις (gracia), o χάρισμα (carisma) del verbo χαρίζεσθαι (agradar, hacer favores) de donde traducimos correctamente carisma, está traducida como Don o Gracia. Así se entendía la vida religiosa, un don de Dios, una gracia especial dada a algunos. Así la define el Concilio Vaticano II.

Fue después del Concilio cuando la teología, en su ilusionado trabajo, llegó al término original y se atrevió a usarlo prácticamente sin traducción,

como “Carisma”. Fundamentada en LG y PC, se fue desarrollando la primera teología de la vida religiosa, donde el término carisma se hizo familiar. Después se ha vulgarizado y hoy se emplea en sentido general, casi siempre ajeno a lo religioso.

En el contexto de este ambiente general pudimos descubrir que el Carisma (el don) de nuestra Congregación no nació de alguna inspiración extraordinaria, ni fue fruto de elaboración teológica. No tuvo una formulación explícita, ni aparece en la primera Legislación del Instituto.

El Carisma estaba entrañado en la vida de Santa María Rosa Molas y las primeras hermanas, y se hacía visible en las obras sencillas de su trabajo cotidiano. Oculto en circunstancias poco brillantes, a veces heroicas. Eficaz siempre, casi visible en multitud de hechos concretos, en su mayoría pequeños e irrelevantes a los ojos humanos. Seguramente grandes a los ojos y el corazón de Dios.

CAPÍTULO III

Manifestación en la historia

¿Cómo vivieron en concreto la Madre y las Hermanas su ignorado carisma? Conocemos bien la Historia. Simplemente vivieron. Fueron capaces de dar respuesta a los desafíos de su momento con sencillez y eficacia, encontrando soluciones donde parecía no haberlas. Eran conscientes de que con su trabajo consolaban a enfermos, niños y cuantos estaban bajo su atención. De ahí la sugerencia de María Rosa Molas al Vicario Episcopal sobre el posible nombre de la naciente Congregación.

En el Decreto de D. Ramón Manero, Vicario Capitular de la Diócesis de Tortosa en Sede vacante leemos: “Atendiendo a que las obras en que se ejercitan las Hermanas se dirigen todas a consolar a sus prójimos... impone por nombre a las Comunidades de Tortosa y demás que de ellas tomaren origen Congregación de Hermanas de la Consolación”. Tortosa 14 noviembre 1858.

La Consolación estaba en las obras de las Hermanas todas. Así lo entendía María Rosa Molas y así lo constató D. Ramón por el conocimiento cercano que tenía de las Hermanas. Estaba en la conciencia clara y el deseo inmenso de María Rosa y en su grupo: todas querían consolar tanta tristeza a su alrededor. Para erradicar o paliar el desconsuelo se desvivían gastando tiempo y energías, hasta la propia vida cuando morían jóvenes contagiadas en las epidemias.

Cuando María Rosa Molas murió quedó en la mente y el corazón de las Hermanas una memoria viva, una memoria sacramental podemos decir, que se expresaba sencillamente en multitud de ocasiones. ¿Cómo haría esto la Madre? ¿Qué haría la Madre en esta situación? ¿Qué le parecería a ella nuestra actuación? Estas expresiones eran comunes y frecuentes en todas las comunidades.

Permanecía en el ánimo de todas las Hermanas una especie de revisión personal constante, en diálogo cordial con la Madre Fundadora, como la solían llamar. No querían perder el eco de aquella presencia modélica para no perder el hábito de hacer obras de consolación. Mientras muchas congregaciones tenían perdida, olvidada o borrada la figura de sus fundadores, entre las hijas de María Rosa Molas permanecía esta memoria viva y eficaz.

CAPÍTULO IV

En busca de datos

Rastreando nuestra Historia podemos marcar unos cuantos hitos en los que descubrimos manifestaciones del Espíritu que fueron abriendo el camino hasta llegar a lo que hoy sabemos y gozamos de nuestro Carisma.

De 1857 a 1926: Una primera y larga etapa en la que el Carisma se vive ignorado. la Madre y las Hermanas están dedicadas y entregadas con entusiasmo a la tarea de “hacer días llenos” en el servicio a los más necesitados. No queda espacio para otro tipo de actividad. No hay tiempos para elucubraciones teológicas cuando urge la ropa de los ancianos o niños. Hay que lavarla y secarla para mañana. O cuando aparece en el viejo Torno de la portería una criatura recién nacida depositada allí de forma anónima.

1926: En esta fecha tenemos un primer intento de definición carismática de las Hermanas de la

Consolación. En el 50 aniversario de la muerte de María Rosa, D. Juan Bautista Manyá (Mosén Manyá), gran teólogo tortosino, pronunció la Oración Fúnebre, una pieza maestra propia de lo que él era y de la gran amistad que lo unía a la Congregación.

Sin pretenderlo Mosén Manyá definió el carisma de María Rosa Molas y explicó, con argumentos claros, sugestivos y convincentes, que la HUMILDAD “fue la nota característica de su vida”, “la nota dominante, la esencia de su espíritu”. La base y la razón de toda su vida. La humildad es el testamento espiritual de María Rosa Molas “el rasgo característico que sus hijas debéis mantener. “Pues si algún día perdéis el espíritu de encantadora modestia, de santa naturalidad, aquella humilde sencillez, nadie os reconocerá como sus hijas y ella misma se avergonzaría de vosotras”.

Para Mosén Manyá el “no sé qué” de modestia y naturalidad que atraía en María Rosa era fruto de su humildad. Fue la humildad la fuente única de sus obras y del impulso que transmitió a la Congregación. (Consolamini 8. 7-10). Si en aquel tiempo hubieran preguntado a las Hermanas cuál era su carisma la respuesta hubiese sido concreta: LA HUMILDAD.

1969-70: Después del Concilio Vaticano II el Capítulo General de Renovación formuló una definición oficial del Carisma. “La forma especial de nuestro seguimiento carismático es en el instituto la CARIDAD MISERICORDIOSA”. Así aparece en los Documentos Capitulares (Índole del Instituto nº 3 p. 24). la Caridad misericordiosa constituye el centro carismático de las Hermanas de Ntra. Sra. de la Consolación. La Congregación recibió y

acogió con gozo todo lo que aquel Capítulo pensó y propuso. Aquella definición sonó bien, se empezó a repetir con satisfacción general entre las hermanas y movió muchas voluntades.

1971: el P. Dionisio Mínguez SJ, Profesor y más tarde Rector del Instituto Bíblico de Roma, nos sugirió profundizar en las raíces de nuestro Carisma en el Libro de la Consolación del Profeta Isaías. “Ahí tenéis una fuente de la que podéis sacar riqueza sin fin, es Palabra de Dios”, nos dijo. A partir de entonces se puso en marcha una humilde, silenciosa y espontánea tarea por parte de algunas Hermanas, las que habían escuchado la sugerencia. Las primeras investigaciones apenas quedaron reflejadas en publicación alguna, salvo en un folleto bilingüe, en preparación a la Beatificación de María Rosa Molas, hoy desaparecido. Entre tanto los estudios bíblicos siguieron avanzando.

1977: María Rosa Molas fue beatificada por el Papa Pablo VI. En su homilía el Papa la proclamó elegida por Dios para ser “instrumento de misericordia y consolación”. Fue entonces cuando todas las voces se hicieron eco de la palabra “consolación”. El Papa Pablo VI en su Homilía, Obispos y Cardenales en las Misas de Acción de Gracias. El pueblo por las calles de Roma, las gentes de cualquier lugar repetían: ¡Qué bonito Consolación! ¡Cuánto necesitamos la Consolación! ¡Es lo que más necesita este mundo!

Especialmente el Cardenal Pironio, en su homilía del Día de Acción de Gracias, insistió en la idea: “el amor misericordioso se hace fuerza transformadora, fuerza consoladora de este mundo tan necesitado de consolación... A este mundo de hoy,

nosotros tenemos que llevarle la fuerza del amor hecho consolación. Una consolación que es alegría, que es paz, una consolación que es esperanza” (Consolamini 7 p. 45)

El Cardenal Carles, entonces Obispo de Tortosa, en la primera celebración litúrgica de la Beata María Rosa Molas en junio de 1977, hizo una afirmación de profundo calado teológico: “La redención es consolación. Amor que rehace lo que el hombre había deshecho... La omnipotencia de Dios creador deviene consolación en la redención. ... Nosotros no tenemos experiencia sino del Dios consolador. El Dios que persigue al hombre, le brinda el perdón que le sana; que vuelve a rehacer tantas veces con infinito amor y paciencia la imagen que el Padre ha grabado en el hombre y que éste se empeña en destruir” (Consolamini 7, p. 77)

Dios por la Iglesia jerárquica y el pueblo, la “vox Dei”, parecían dictarnos la palabra que mejor expresa el Carisma: **CONSOLACIÓN**. Palabra silenciosa que llevábamos en el nombre del Instituto desde su origen. Palabra experimentada por tantas generaciones de Hermanas sin pensar en su significado, ni en la profundidad y la fuerza que encierra.

CAPÍTULO V

Misterio gozoso

Apareció entonces el dualismo Misericordia-Consolación. En los estudios y reflexiones de la Congregación hubo dos orientaciones o tendencias: una que veía el carisma en la Misericordia, otra que lo centraba en la Consolación. Esta aparente diversidad originó no pocos desconciertos y suscitó muchos interrogantes.

Era tiempo de entusiasmo en todo lo que la Iglesia vivía. La aplicación del Vaticano II era como una puerta grande abierta a realidades nuevas. Todos en la Iglesia estábamos interesados en la discusión y la búsqueda sincera de lo nuevo, aún desconocido.

¿Cómo fue la búsqueda de las Hermanas de Ntra. Sra. de la consolación? Estábamos envueltas por la gran ola del Concilio: entusiasmo, esperanza, deseos de novedad... No faltaron las afirmaciones de preferencias, los conatos de pequeños partidis-

mos, ni las discusiones teológicas. Se escuchaban los interrogantes de las nuevas generaciones que llegaban: “¿pero cuál es nuestro Carisma, Misericordia o Consolación?”.

Por gracia grande de Dios y prudencia de nuestras Superiores todo eso se dio con mucha serenidad y equilibrio. La Congregación vivió un tiempo de escucha asombrada de los signos de los tiempos y de reflexión seria y profunda, en la que muchas Hermanas se quemaron las pestañas trabajando en el tema Carisma.

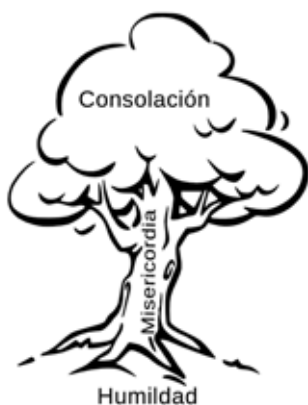
En la línea de serenidad y equilibrio que caracterizó la etapa posconciliar de la Congregación se produjo el intento de unificar los diferentes elementos carismáticos que habían ido surgiendo. Más allá del significado que como virtudes cristianas pueden tener ¿cómo unificar: Humildad. Caridad Misericordiosa y Consolación para reconocer el cuerpo carismático del Instituto? Como todo carisma es regalo de Dios la reflexión se centró en el Dueño de todos los carismas y llegamos a un gozoso descubrimiento.

El carisma es una realidad espiritual viva y multifacética, poliédrica podríamos decir. Dios desvela en el tiempo diversas facetas de un carisma que, sin excluir las anteriormente conocidas, se van uniendo y enriquecen esa misteriosa realidad divina. La revelación de un carisma se va completando con el devenir de los tiempos de acuerdo a las circunstancias.

En ese misterioso ritmo de revelación divina, lejos de las polémicas Misericordia-Consolación, se prestó atención de nuevo a la idea primera de Mosén Manyá en su Oración fúnebre. Allí descubrimos la humildad como raíz donde se instala y de donde parte todo carisma. Raíz humana sostenida por el don de la Humildad divina, de la cual recibe su vida. Sin humildad ningún Carisma tendría vida. “La humildad es el aspecto más radical del amor” (F. Varillon *L’humilite de Dieu* p. 62. Centurion 1974).

Descubrimos la humildad como el humus vivificador y unificador de todo carisma, personal o institucional, en nuestro caso el humus capaz de alimentar y unir Misericordia y Consolación. Lo que ya había hecho Pablo VI en su Homilía, lo que ahora el Papa Francisco hace en *Misericordiae Vultus*.

Lo que las novicias de Brasil hicieron espontáneamente mucho antes y lo representaron de forma gráfica en el momento gozoso en que, durante un seminario sobre el Carisma, descubrieron tanta riqueza: toda la vida y la actividad de las Hermanas del pasado y del presente era sencillamente un reflejo, una reverberación de Dios mismo en su propio ser, como iremos viendo en adelante.



Consolación. Ramas cargadas de frutos de consolación en la persona de nuestra Fundadora y en su obra. Ramas fecundas, manifestación de la Misericordia que brota al exterior dando Frutos de servicio a todos, desde la convicción de que nada hacemos por nosotras mismas.

Misericordia. Tronco fuerte y firme de Fe en el que Dios sostiene nuestra vida y todo lo que hacemos. Dios misericordioso que se deja ver y entender a través de nuestras vidas.

Humildad. Profundas raíces de verdad, nuestra verdad de criaturas. Somos nada sin Dios. “Sin mí no podéis hacer nada”.

CAPÍTULO VI

Tarjetas de Visita de Dios

Personas e instituciones normalmente se presentan con algún tipo de tarjeta de visita. Tener tarjeta, presentarse o enviar algo con tarjeta, es un signo de seriedad y garantía. Sabemos sobradamente en qué consiste una tarjeta. Bastan los mínimos datos, de forma clara para dejar sentada la identidad del dueño: Nombre. Profesión. Domicilio y formas de contacto.

Dios utilizó varias tarjetas en su revelación al ser humano. Dos aparecen en el Antiguo Testamento y una tercera en el Nuevo.

Ensamblar las facetas carismáticas descubiertas con fundamento sólido fue como encontrar las tarjetas de visita de Dios. Del único Dios. Las tarjetas que explican la relación profunda y la complementariedad existentes entre Humildad, Caridad Misericordiosa y Consolación. Después el nombre del Instituto, nombre oficial dado por la Autoridad de la Iglesia Diocesana, fue determi-

nante para simplificar y quedarnos con la última faceta: **CONSOLACION**.

Llegadas a este punto para ensamblar nuestro carisma eran imprescindibles las apoyaturas bíblicas. Teníamos muchos datos históricos procedentes de la Vida de la Madre y de las primeras Hermanas que la siguieron viviendo con humilde sencillez, sostenidas por un recio amor de Dios misericordioso y deshaciéndose en servicio consolador a cuantos podían llegar, sin medir tiempos ni lugares ni formas, buscando solo “que el pobre fuera servido”.

Para quienes conocemos la Historia basta pensar en la Comunidad del Hospital de Jesús a lo largo del tiempo, o en las primeras Hermanas que fueron a fundar en los países sudamericanos, sin más medios que su entrega y su esperanza, o en la Venerable M^a Teresa González Justo en su entrega personal sin fronteras.

Estudiando la Biblia se entiende que cuando Dios decide revelarse a los humanos lo hace adaptándose a sus niveles de evolución o desarrollo. Conocemos el relato de la creación y el inicio de la relación divino-humana: amistad, pecado, castigo, promesa. Pero ese relato fue escrito cuando ya Dios había empezado a mostrarse a sí mismo a una raza humana que no le conocía y andaba buscando, sin saber qué, en diversos tipos de fetiches o dioses prefabricados. Confiando en la protección de sus terafin en el intento básico de satisfacer sus necesidades. Era una etapa politeísta de la humanidad.

Dios se fue revelando mediante tarjetas personales de suma originalidad.

Dialogando con Moisés: Humildad

(Ex 3, 13-14)

En el libro del Éxodo encontramos las dos primeras tarjetas de visita de Dios.

Moisés ante la zarza ardiente ha entrado en diálogo con Dios. Cuando él estaba tranquilo con su familia, pastoreando los ganados de su suegro Jetró, Dios le pide volver a Egipto para hablar con el Faraón y llegar a conseguir la libertad de su pueblo. Moisés se sorprende al máximo, lo ve muy difícil. Por su parte no tiene problema, ha entendido que quien le está hablando es el verdadero Dios, pero ¿cómo explicar a los egipcios, que tienen miles de dioses, o cómo explicar a sus hermanos de raza que siguen confiando en sus terafin que es el Dios verdadero quien lo envía?

Moisés, con mucha confianza reclama a Dios, es como si le dijera dame tu tarjeta para que se la enseñe al Faraón, para que se la muestre a mis hermanos de raza. Dios le escucha y responde de palabra: “Yo soy el que soy”. Dios dice solo su nombre. Con él le revela su gran verdad: soy quien no necesita a nadie para existir, soy por mí mismo. Nadie me creó, no tengo principio ni fin. Soy el único necesario. Soy.

La humildad es la verdad decimos. Dios le acaba de confesar a Moisés su inmensa Verdad, su humildad infinita: “Soy el que soy” Yahveh,

el nombre sagrado que los judíos no se atreven a pronunciar. Soy el que no puede hacer otra cosa más que Ser. De mi ser brota todo lo que existe. La suma humildad de Dios se manifestó al confesar su verdad a su criatura humana.

Por eso la perfecta humildad tiene su sentido genuino y su razón de ser en la grandeza de Dios. En su esencialidad Dios Es. El hombre que capta esta verdad se postra ante el ser de Dios en actitud de auténtica humildad. Ante el ser de Dios, el único que es por sí mismo, el único necesario, el hombre reconoce su no ser, su nada. Se descubre dependiente con una dependencia ontológica radical. El individuo se hace humilde, se hace humus y se abandona para ser moldeado por las manos divinas.

- Is 44, 6 “Yo soy el primero y el último, fuera de mi no hay Dios
- Jn 5, 26 “el Padre tiene la vida en sí misma”
- Ap 11, 16-17 “los ancianos se postraron confesando: Señor Dios todopoderoso, el que es, el que era...”
- Ap 22, 13. “Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último el principio y el fin” (Juan ha caído de hinojos a los pies del ángel)

El Dios que es y es todopoderoso se muestra al ser humano de forma cercana, con amor infinito: “con amor eterno te amé” (Jr 31,3). Por amor te modelé, como el alfarero hace una vasija (Cf Jr 18, 6)

“La humildad que proviene de este conocimiento experimental del ser, de la bondad y el amor de Dios la llamo perfecta porque es una actitud que el hombre mantendrá incluso en la eternidad. Pero la humildad que surge de una comprensión realista de la condición humana la considero imperfecta, porque no sólo desaparecerá en la muerte juntamente con su causa, sino que en esta misma vida no siempre será operativa” (“La nube del no saber” Anónimo inglés del s. XIV. p. 94).

La humildad de María Rosa era experimental. Desde el día de su primera comunión la intuición de la grandeza divina la deslumbró de tal modo que la hizo entrar en una vía dolorosa engalanada por el verdadero Temor de Dios: el temor de no agradecerle.

Su primer biógrafo, P. Sebastián León llama a este momento “diabólico percance”. Siguiendo al biógrafo pensamos y decimos que María Rosa sufrió una prueba, una tentación. Mejor podríamos considerar este hecho en sentido positivo: María Rosa vivió una experiencia mística extraña que fue parte básica del Don divino y la base de su espiritualidad personal.

El encuentro de un ser débil, una niña como María Rosa era, con la grandeza infinita de Dios le produjo la gran crisis espiritual de toda su vida. Fue ahí donde se asentaron, donde Dios asentó las raíces del Carisma de Consolación, para ella y para todas sus seguidoras. Profundas raíces que no se pueden olvidar sin riesgo de perder la vida del árbol.

Avanza la presentación: Misericordia

(Ex 34, 5-6)

La relación de Moisés con Dios se ha ido estrechando. En los largos años del desierto han llegado a una amistad profunda. En Ex 34, 5-6 llega el momento en que Dios quiere descubrirle algo más de sí mismo. Le pide a Moisés que suba al monte solo, completamente solo. Que prepare y suba consigo dos tablas de piedra como las que rompió cuando se enfureció por la actitud del pueblo. Parece ser que Dios quiere escribirle de nuevo los mandamientos. Será un momento solemne.

Moisés obedece, su fidelidad es total. Sube muy de mañana al encuentro de Dios, su Señor y su guía. Dios baja en la nube, velado por el misterio, Moisés se acercó a la nube, “se puso junto a Dios” e invocó su nombre recordando la primera tarjeta que le había dado, la primera presentación. Pero Dios pasa delante de Moisés sin querer detenerse, al pasar iba como gritando su propio nombre: “Yahveh, Yahveh, Dios misericordioso y clemente, tardo a la ira y rico en misericordia y fidelidad”. Era una nueva tarjeta enriquecida con el oficio de Dios, lo que Dios ejerce sin cesar: Misericordia.

Después de mostrar su nombre Yahveh “el que soy”, ahora Dios añade su Profesión: rico en misericordia. Dios se revela a Moisés directamente como Dios misericordioso, lento a la ira y rico en piedad (Ex 34, 6), cuya misericordia se derrama sobre todas sus criaturas como amor misericordioso. “Alégrate, con misericordia eterna te amo” (Is 57, 7). La misericordia divina es tal que llega has-

ta detener la justicia de Dios ante el pecado del Hombre: “se me conmueven las entrañas, no puedo castigarte” (Jr 31, 20; Os 11, 1-9).

La misericordia es la primera “Profesión” de Dios con la que completa los datos de su primera tarjeta. Es la concreción del ser divino, la más característica, la que mejor capta el ser humano, en la que confía con la seguridad que le proporciona su propia experiencia. La carta a los Efesios proclama: “Dios que es rico en misericordia por el gran amor con que nos amó... nos dio vida por Cristo” (Ef 2,4). Cristo es el fruto maduro del Amor misericordioso de Dios.

Los profetas y la espiritualidad de Israel confiesan y proclaman constantemente la misericordia de Dios

- Is 63, 7-14. “Contaré las misericordias de Yahveh (...) lo que ha hecho en su misericordia (...) en su amor y su misericordia el mismo los rescató”
- Jl 2, 13. “Yahveh vuestro Dios, es clemente y misericordioso, lento a la ira, grande en misericordia y se arrepiente de castigar”
- Mi 7, 18. Dios ama, se complace en la misericordia
- Sal 86. “Eres rico en misericordia”
- Sal 103. “El señor es compasivo y misericordioso
- Sal 123. “Espero tu misericordia”
- Sal 136. Himno a la misericordia eterna de Yahveh , por la cual ha salvado a su pueblo

Plenitud de revelación: Consolación

(Lc 2, 22-35)

El Pueblo de Israel ha conocido a su Dios, el Dios único que es misericordioso. La misericordia divina es su gran seguridad, su fuerza, su apoyo, su gozo y su canto constante reflejado en los Salmos. No es un conocimiento intelectual, Israel tiene una profunda experiencia de la misericordia de Dios. Experiencia incorporada ya a la idiosincrasia del pueblo. Es la que le ha dado su identidad como Pueblo. En términos de psicología de Jung podríamos decir que esta experiencia ha pasado al inconsciente colectivo de Israel, está enraizada en sus arquetipos religioso-culturales.

Para mantener la fidelidad de su Pueblo Dios le expresó su misericordia inmediatamente después del pecado por medio de una promesa. Promesa mantenida a lo largo de los tiempos por los Profetas. Una Promesa de Consolación que salía a flote mediante obras concretas en respuesta a cualquier situación o forma de desconsuelo.

Simeón era un hombre anciano, justo y piadoso. El Espíritu estaba sobre él. Prácticamente vivía en el Templo alabando a Dios y “esperando la consolación de Israel, su pueblo”. Esperando la Promesa repetida por los Profetas. No quería morir sin verla realizada, tenía esperanza de que Dios le concedería este deseo.

Un buen día entre, los muchos niños que llegaban al Templo para ser presentados a Yahveh, los ojos de Simeón se fijaron, sin saber por qué, en

uno de tantos. Los padres eran muy jóvenes, de clase humilde, sólo llevaban para ofrecer dos tórtolas, como los pobres hacían.

El corazón de Simeón dio un vuelco, su espíritu se sintió invadido por un gozo extraño. Se acercó a la pareja, hizo el ademán de tomar al niño, la madre se lo dejó en los brazos. Simeón sintió que acababa de recibir la Consolación tan esperada. ¡Aquel chiquitín era la Consolación!

Con toda su alma exclamó: “Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo irse en paz, puedes llevarme, ahora puedo morir feliz, porque mis ojos han visto tu Salvación, la que has preparado ante todos los pueblos, luz para iluminar a todas las gentes y gloria de tu pueblo Israel”. (Cf Lc 2, 29-32).

Simeón no había visto nada extraordinario, pero una luz interior procedente del Espíritu Santo le había descubierto la identidad de aquel bebé. El leve peso de aquel cuerpecito le había hecho sentir en sus manos toda la Esperanza de Israel acumulada a lo largo de los siglos.

Era la tarjeta de visita del Libertador, del Salvador de todos los pueblos. De la nueva Consolación para el nuevo Pueblo. El niño no podía entregar tarjeta alguna, ni podía pronunciar palabra. Tampoco sus padres. Fue Simeón quien, sin pretenderlo, nos reveló la identidad de aquel bebé. Nos entregó la tercera tarjeta de Dios, la definitiva. Es como si hubiera clamado: “Aquí está, en mis manos, la Consolación”.

En lo hondo de su alma Simeón sintió la total liberación, la consolación plena. ¡Ya se podía morir! Nos entregó la tarjeta a cada uno de nosotros para que caminemos seguros, “con los ojos fijos en Jesús” (Hb 12, 2), la nueva Consolación del nuevo Pueblo de Dios.

CAPÍTULO VII

Trayectoria de la Promesa

¿Qué camino había seguido la Promesa de Consolación hasta llegar a los brazos de Simeón?

¿Cómo, de qué forma, en qué sentido había experimentado Israel la misericordia de Yahveh?

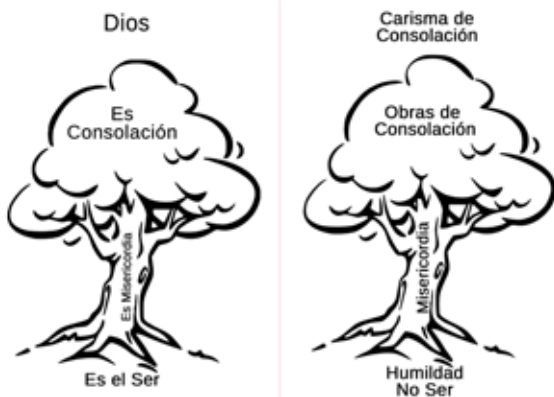
La mejor respuesta nos la da un judío fiel a su raza, a su ley a su tradición; entusiasta de la causa de su pueblo hasta el fanatismo: Pablo de Tarso, quien al escribir su segunda carta a los de Corinto empieza precisamente diciendo cómo su pueblo experimenta la misericordia divina: “Bendito sea Dios (...) Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo que nos consuela en todas nuestras tribulaciones. (2Cor 1, 3-4).

Porque Dios es misericordioso nos ha consolado siempre en todas las pruebas. Dios muestra su misericordia mediante la consolación, mediante obras de consolación. Pablo expresa la profunda convicción de los israelitas.

Dios nos consuela proclama Pablo y al hacerlo deja aflorar no solo su conocimiento teológico sino ante todo la experiencia secular de su raza, su Pueblo. La memoria de la Historia de Salvación que ha bebido desde el seno materno. El Padre de las misericordias las ejerce consolando a su pueblo. La Historia de la Misericordia divina es una Historia de Consolaciones personales, para cada uno, y colectivas, para todo el Pueblo.

Sin entrar aún en el análisis de la acción consoladora de Dios vemos ya claramente nuestro carisma como una proyección directa del ser de Dios y su forma de actuar con el hombre que se realiza por Cristo, con él y en él. En tanto cuanto nuestra vida está identificada con Cristo, plenitud de la Consolación.

FUNDAMENTOS BÍBLICOS DE LA CONSOLACIÓN



CAPÍTULO VIII

Escrutad las Escrituras

Descubrir la ruta de la Promesa y saber cómo había consolado Dios a su Pueblo en todas las tribulaciones no es tarea fácil. No hay respuestas simples para las preguntas que se originan. Es necesario recorrer la Escritura siguiendo las pistas para llegar, más que a una respuesta concreta, a una experiencia común de todos, en todos los tiempos: Dios nos consuela.

El mismo Jesús queriendo dar explicaciones a los judíos les dice “Escudriñad las Escrituras ya que en ellas creéis tener la vida eterna, pues ellas dan testimonio de mi” (Jn 5, 39). Con este consejo les sugiere que sigan haciendo lo que su pueblo había hecho a lo largo de los siglos para mantener la Promesa, ahora Promesa viva presente en el mismo Jesús que ellos rechazaban.

El testimonio del rey Josías es quizás una de las expresiones más solemne del valor que el Pueblo otorgaba a la Escritura (2Rey 22, 1-23). Josías

es un buen Rey. Durante su reinado los Sacerdotes han encontrado en el templo el Libro de la Ley extraviado hacía tiempo. Se lo presentan al Rey y le dan lectura en su presencia. Conmovido el Rey por la lectura inicia un proceso de conversión personal que culmina en la solemne Asamblea donde reúne a todo el Pueblo. El mismo Rey da lectura al Libro y hace una alianza con Yahveh: promete seguirle, obedecer sus preceptos y leyes con todo su corazón y toda su alma. El Pueblo entero confirma esta alianza (2Rey 23, 1-3). El Pueblo guardó las Escrituras, las escuchó atentamente y creyó en ellas dejándose mover por su fuerza.

Por la Escritura el Pueblo conocía sus orígenes y la Escritura era guía de su conducta. La Escritura toda estaba vertebrada por una Promesa.

Gn 1, 1ss Apareció el mundo como explosión del amor de Dios. En su centro apareció la cumbre de todo lo creado, el ser humano. El hombre fue creado en estado de consolación perfecta. En relación de amistad cordial con Dios y en condiciones humanas inmejorables. Estaba destinado a crecer, multiplicarse y prosperar gobernando la tierra toda. Dios le hizo manager de todo lo que existía. Le dio plena libertad para actuar según sus criterios. El ser humano en sus orígenes era feliz, tenía motivos sobrados para serlo.

Gn 1, 3ss. Haciendo alarde de su libertad, el hombre dio un paso en falso y cambió su suerte. Sin pretenderlo inauguró una existencia de desconuelo. Apareció el misterio del pecado, la ruptura de la amistad con Dios y su Plan. Empezó una era

de sufrimiento, de dificultades y luchas constantes. Con el ser humano todas las criaturas participaron del error y empezaron a padecer, “la creación entera hasta ahora gime y siente dolores de parto” (Rom 8,22).

Gn 3, 15. Dios, porque es justo y es el Amor, castigó al hombre pero no lo abandonó en su pecado, no lo dejó solo. Después del pecado y el castigo le hace una Promesa: “Pongo enemistad entre ti y la mujer y entre tu linaje y el suyo, éste te aplastará la cabeza y tú le morderás a él el calcañal”. ¿Quién sería aquella mujer, cuál sería su linaje?

Nadie sabía. Quedó todo envuelto en el misterio. Solo una evidencia: la fuerza de aquella Promesa de Victoria sobre el mal consoló al pueblo a través de los tiempos, le dio fortaleza y esperanza para vivir y luchar. Con la Promesa se abrió la fuente de consolación que los hombres irían descubriendo a través de los siglos. Los Profetas la anunciaban sin cesar.

CAPÍTULO IX

La Consolación de la Promesa

A partir de entonces siguió una larga historia en la que el Pueblo iba experimentando las obras consoladoras de Dios, realizadas muchas veces mediante sus elegidos. Personas que empezaron por vivir en sí mismos el consuelo divino para poder ser después consoladores del pueblo. Fueron receptores y depositarios de la Promesa de Consolación futura y se hicieron canales de ella para que pudiera llegar a todos. El Pueblo recibía la Consolación por acciones humanas de patriarcas, jueces, reyes, profetas, que a su vez habían sido previamente consolados por intervenciones divinas en sus vidas:

Noe. Gn 6,14-22. Su figura es la primera que habla expresamente de consolación. Cuando aquel niño nació, a la hora de imponerle nombre, Lamek, su padre, pensó y dijo: “Le llamaremos Noé porque éste nos consolará de nuestros quebrantos y del trabajo de nuestras manos”.

Noe, un nombre que significa “el que consuela”, procede del verbo hebreo Nahám (consolar).

Noé recibió su nombre por el oficio que realizaría. Su vida fue un gran acto de consolación de Dios: Construyó el Arca (Gn 6, 14-32). Reanudó la vida después del diluvio (8,15-22). Dios lo bendijo y estableció alianza con él (9,1-17). Noé, como segundo Adán, como figura de Jesucristo...

El libro de Ben Sirac, (Ecle 44 – 50) hace un resumen de la historia bíblica, en el fondo de la cual subyace la trayectoria de la Promesa. Es como la visión personalizada de cómo Dios fue desplegando su obra consoladora, haciendo sentir su consuelo al Pueblo por medio de instrumentos humanos.

Abraham, (Gn 11, 10 -32; 12-25). El Padre de la Fe el iniciador de la Historia de Israel (Si 44, 20-27). Fue el protagonista de un gran movimiento de consolación de Dios hacia la humanidad. Su vida fue compleja, plagada de sufrimientos, contradicciones, frustraciones y luchas sin cuento, al final de las cuales prevalece siempre la grandeza de Dios que pone su firma asertiva, su solución donde no la había.

El nacimiento de **Isaac** (Si 44, 24-27) fue el culmen de la Consolación para Abraham. Anciano con una esposa estéril, más vieja que él era imposible soñar un vástago, pero el hijo llegó. Isaac, hijo de la Promesa y transmisor de la consolación. Su historia se entrelaza con las de su padre y la de Jacob su hijo.

Cuando sufrimos o tenemos miedo por nuestros límites, sufrimientos, pecados o errores, puede

ser liberador recorrer la tortuosa vida de **Jacob** que llena buena parte del libro del Génesis (Gn 25 – 49; Si 44, 25-27). A pesar de sus engaños, fraudes y debilidades Dios lo protege y consuela de muy diversas formas a lo largo de su vida. Le corona al final cuando está para morir y llama a los doce hijos para bendecirlos. Para darles, con su Bendición, la seguridad de la Promesa que él ha recibido y que seguirá actuando en cada uno de ellos, cabezas de las doce tribus de Israel. (Gn 49, 1-33).

Entre los hijos de Jacob, **José**. (Gn 37-41). Es un fantástico testimonio de cómo Dios consuela aún en las situaciones más desesperantes. Dios le libra de la envidia de sus hermanos, de la muerte segura que le habían deseado. Le abre camino en Egipto donde alcanza una situación humana de privilegio. Desde la que él será quien lleve la salvación a su familia y a su Pueblo (Gn 45-50). Perfecto receptor de la consolación de Dios y humilde canal de transmisión de la misma.

Después de la muerte de su padre los hermanos temen su represalia y acuden a José temblando de miedo. “El les dijo: “no temáis ¿estoy yo acaso en el lugar de Dios? Vosotros creáis hacerme mal pero Dios ha hecho de él un bien cumpliendo lo que hoy sucede, de poder conservar la vida de un pueblo numeroso. No temáis, pues yo seguiré manteniéndoos a vosotros y a vuestros hijos. Así los consoló hablándoles al corazón (Gn 50, 19-21).

Moisés. (Si 45,1-6; Ex 2-18). Elegido de Dios para sacar al Pueblo de la esclavitud. Líder para guiarlo por el desierto, manteniendo la espe-

ranza de la tierra prometida aun en medio de las pruebas. La vida de Moisés transcurre en una constante tensión:

Dios le convierte en su amigo íntimo, le invade con su presencia cada vez que le hace entrar en la nube y por otra parte le exige grandes esfuerzos, le somete a fuertes pruebas, le reprocha y castiga cuando duda y pierde la confianza. Es la dinámica divina de la consolación que llega en tiempos difíciles y capacita al receptor para seguir en el camino y ser consuelo para los demás.

Podríamos continuar una larga lista: Aaron (Si 45, 7-31). Josué (Si 46, 1-15). Samuel (Si 46, 16-23). David (Si 47, 1-13) Ezequías (Si, 48, 17-20). Los Profetas (Si 48, 1-16; 49, 9-12). Todos ellos tuvieron la experiencia de pasar del desconuelo personal en situaciones límite, a la experiencia insospechada de un nuevo estado de consolación que les prepara para ser consoladores de su pueblo.

En sus historias se despliega el amplio abanico de contenidos que puede abarcar la acción divina de consolar. Dios consuela a veces mediante elementos materiales, en otras ocasiones lo hace mediante elementos espirituales. En ambos casos la Consolación lleva siempre al ser humano a vivir un Paso:

- De esclavitud a libertad.
- De vida nómada incierta a tierra propia fecunda y segura.
- De guerra y enemistad a la paz y los pactos amistosos.

- De la pobreza a la abundancia.
- De esterilidad a fecundidad.
- De la ignorancia al conocimiento.
- De la tristeza al gozo y los cantos de alegría.
- De sequía a fluir de arroyos y ríos de aguas claras.
- De la debilidad a la fortaleza incansable.
- De los desiertos y montañas inaccesibles a calzadas anchas y abiertas.
- De ciudades en ruinas y destrucción a construcciones nuevas.
- De ídolos prefabricados inservibles al Dios eterno que conoce, acompaña y protege siempre.

Cuando los profetas hablan de Consolación están tratando de todo lo que hace feliz al ser humano, todo lo que le ayuda a crecer como persona, todo lo que le realiza y lo hace eficiente y eficaz. Todo lo que le acerca a la medida de su total madurez (Cf Ef 4, 13). Todo lo que hace a las sociedades pacíficas y abiertas, habitables para todos. Capaces de mantener relaciones exteriores de complementariedad. En definitiva todo lo que vuelve al ser humano al Plan primero de Dios, cuando le entregó la tierra y puso en sus manos un proyecto grandioso de desarrollo universal.

No solo elegidos

CAPÍTULO X

Sin intenciones de feminismo es justo y necesario reconocer que el A. T. presenta también figuras de mujeres elegidas para llevar la consolación al Pueblo. Cauces femeninos de Consolación más o menos directamente, instrumentos fieles en las manos divinas (Miriam, Débora. Rut. Esther... las conocemos). Destacamos a la más audaz quizás, la más arriesgada, la que puede ser, es de hecho, la más polémica. Un libro lleva su nombre:

El Libro de Judit se puede considerar libro de consolación Jd 1, 1-16. Centrado por la figura de una mujer de las que en aquel tiempo tipificaban las virtudes femeninas ideales en su pueblo: piedad devota, patriotismo ardiente, fidelidad absoluta al esposo y a su memoria. ¿Figura histórica? Seguramente no. La Biblia no es un libro de Historia, sino de mensaje. En muchos tramos se enmarca en la verdadera historia del tiempo que trata. En otros muchos se aleja de ella y la sustituye por episodios y personajes simbólicos.

Siempre la Biblia encierra un mensaje de vida que sobrepasa las coordenadas históricas, se mueve en dimensiones atemporales superando cronologías, geografías y culturas. Mensaje universal, siempre actual, siempre actualizado en el corazón de quienes lo reciben.

En esta dimensión la figura de Judit adquiere un carácter de Consoladora. Una significatividad profunda que muy bien podría inspirar a los movimientos feministas. En nuestro caso nos invita a la reflexión y nos da pistas, formas, actitudes sobre cómo transmitir en verdad la Consolación de Dios, cómo “poner toda la persona en el asador” de esa tarea que puede llevar hasta quemarse perdiendo la vida.

Judit es una viuda joven y bella en extremo. Vive fielmente su condición de viuda de acuerdo con las normas de su sociedad. En el retiro de su casa, entregada a sus devociones con ayunos y penitencias. Su marido le ha dejado una buena fortuna que ella misma administra. “Nadie podía decir de ella una palabra mala porque era mujer temerosa de Dios” (Jd 8, 8).

Llega a sus oídos la situación de su pueblo. Los asirios, con Holofernes a la cabeza, han llegado hasta Betulia, la han cercado y van a asaltarla. Les han dado cinco días de tregua para rendirse y entregar la ciudad. Ocas el sumo Sacerdote está decidido a entregarla, ya no pueden soportar más tiempo la situación de sed y de hambre. El pueblo entero prefiere también entregarse antes de morir de inanición.

Judit, se entera y participa de todo. Se siente solidaria con la situación de los suyos, pero no se resigna a la entrega de la ciudad. Se pregunta a sí misma qué podría ella hacer para salvarla ¿de qué forma podría colaborar?

En oración clama a Dios pidiéndole ayuda. Terminada la oración en su intuición de mujer aparece súbitamente un plan: Yo misma iré a enfrentarme con el General Holofernes. No hay tiempo que perder. Se pone manos a la obra. Llama a su sierva y le explica el plan para que prepare lo necesario para el viaje. Saca de su armario las ropas de sus mejores tiempos de casada. Se baña, vuelve a usar sus ungüentos más perfumados, se pinta, se pone sus mejores joyas y se pone en camino. A las puertas de la ciudad la despide Ocias, al que ha comunicado su plan. La gente del lugar queda asombrada por su belleza. Se dirige al lugar donde el ejército asirio está acampado.

Al llegar a la primera guardia la detienen. ¿Quién eres? ¿a dónde vas? Tranquilamente urde una mentira en beneficio de Asiria y solicita una entrevista con Holofernes para presentarle su plan.

Su belleza de mujer adulta, aún joven, ha impresionado a los guardias, sin dudar le facilitan el camino, la acompañan y sin dificultad llega hasta la tienda del General. La recibe también impresionado. Ella le miente presentándole una situación personal y un plan falsos. Mientras habla seduce a Holofernes con la belleza de su figura, sus ademanes y su dulzura en la expresión.

Conocemos el final de aquel encuentro. El arte y la literatura de los siglos han inmortalizado la figura de Judit con la cabeza de Holofernes que ella misma ha cortado en sus manos, mientras el Ejército asirio, desconcertado retrocede abandonando el cerco de Betulia.

La ciudad queda libre. El pueblo celebra la victoria, alaba a Judit como heroína y ella entona un cántico de Acción de gracias a Yahveh. Se ha dado un caso de total desconsuelo colectivo, sin posible solución. En pocas horas una mujer sola e indefensa ha conseguido el “paso”, la gran consolación para los habitantes de Betulia y de todo Judá.

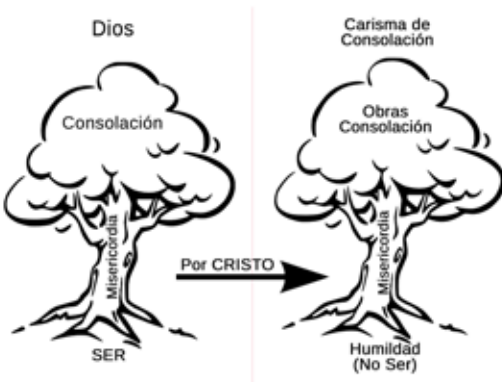
Para ello Judit ha aportado: Fe inquebrantable en su Dios. Oración profunda y sincera. Confianza sin límites en la misericordia de Yahveh. Actitud humilde y responsable. Valentía humana de alto riesgo. Se ha jugado: reputación social. Integridad personal, su misma vida. Ha sido un perfecto instrumento del que Dios se ha valido para consolar a su Pueblo.

La figura de Judit es como un de test de conducta y actitudes profundas que se dirige a la conciencia de quienes queremos ser instrumentos en manos de Dios Consolador. ¿Hasta dónde mi solidaridad? ¿Cómo está mi confianza en Dios? ¿Creo realmente que Dios puede hacer hasta lo imposible? ¿qué arriesgo personalmente?

CAPÍTULO XI

Promesa cumplida

Toda la larga historia el Antiguo Testamento estaba concentrada en la esperanza de Simeón, el anciano del Templo, y fue expresada en la Bendición de San Pablo al iniciar la segunda Carta a los de Corinto. Simeón intuye, reconoce y confiesa, la identidad de un niño. Pablo proclama con firmeza su fe segura en las realizaciones de Dios mediante la persona de Jesucristo.



La Bendición con la que Pablo empieza la segunda Carta a los Corintios es una típica bendición bíblica del Viejo Testamento común para los judíos que se dirigían a Yahveh, generalmente en momentos de gozo y gratitud. (Neh 9, 5ss; Tob 8, 5. 15-16; 13, 1-18).

En este caso la Bendición está escrita por un judío, fariseo, conecedor y observante de la Ley. El ha pasado de la confusión personal y el fundamentalismo. A la Luz de Cristo que le cambió la vida.

La Bendición de 2 Corintios en sí misma es un texto puente, enlace entre los dos Testamentos. Síntesis de toda la Historia de la Salvación. La Promesa de Gn 3: “Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo...” hizo su ruta atravesando todo el A. T. creando en el Pueblo una mentalidad convencida fruto de la experiencia:

“Tenemos el consuelo de los Libros Santos”. Afirmaba Jonatán, Sumo Sacerdote, cuando quiere renovar relaciones con Roma y Esparta (1Mc 12, 9-10), era evidente que ese “consuelo” les bastaba, incluso en el terreno de sus relaciones internacionales. No tienen miedo a los adversarios ni a las contradicciones de las relaciones políticas que suelen intimidar a los pueblos.

“Tenemos el consuelo de las Escrituras”. La expresión de Jonatán resuena en la Carta de Pablo a los romanos cuando les recomienda que “por la paciencia y la consolación de las Escrituras estén firmes en la esperanza” (Rom 15, 4).

En la Presentación de Jesús en el Templo culmina la Promesa, cuando Simeón reconoce a Jesús, Promesa viva, y le proclama “Salvación, Luz, Gloria de su Pueblo Israel”. Ha entendido que aquel niño es la Consolación prometida, nueva Consolación para el nuevo Pueblo.

Jesucristo es la plenitud de la Promesa. Y su existencia humana anuncia otra nueva Promesa asegurando a todos la vida eterna. “El que cree en mí aunque muera vivirá, y todo el que vive y cree en mí no morirá para siempre” (Jn 11, 25-26, 2Tim 2,11-13). Nueva promesa que se cumplirá con su segunda venida, anunciada con urgencia solemne en Apocalipsis 21: “*Si, vengo pronto. Amén*”.

Seguimos pendientes de esa promesa para siempre. El “Vengo pronto” provocador, que nos pone en actitud de espera y suscita una respuesta humana de esperanza confiada: “*Ven, Señor, Jesús*”. Al mismo tiempo esa seguridad produce en el que espera la increíble fuerza que sigue inspirando vidas heroicas y engendrando mártires.

CAPÍTULO XII

Cristificación

Creer en Jesucristo, esperar y confiar en su venida supone una unión íntima con el una identificación personal que podemos llamar cristificación de la vida.

Pablo escribió aquella Bendición en el s. I, con la gran novedad de que él había conocido a Jesucristo y estaba seguro de que todo lo conseguiremos por El. “Dios nos consuela por Cristo”. Lo sabe más que por la Historia por su experiencia personal. Al comunicarla hace su gran revelación: “Dios nos consuela por Cristo”.

Muchas veces nos gloriamos de ser Consolación, lo cantamos con gozo, lo oramos como deseo, lo comunicamos como oferta “Tú puedes ser Consolación...”. Es nuestro santo orgullo. Es bueno y necesario redescubrir constantemente que “ser Consolación” es vivir sumergidos en un proceso de cristificación o identificación con Cristo, como dicen las Constituciones “Nuestra opción total por Cristo comporta una comunión de vida y de destino con El” (C. 9).

Lc 2, 25-35
Cristo-Consolador

Ap 21, 1-4
I Cor 15



1 M 12, 9-10

Gn 3, 15

El contenido en este pasaje de 2 Corintios no es solo “escritura”, está personalizado. En boca de Pablo no es teoría sino una comunicación de su experiencia personal y colectiva. El es miembro de su Pueblo, partícipe activo en su Historia. Pero en su vida se dio un acontecimiento que le cambió radicalmente: Conoció a Jesucristo, se encontró con él en el camino de Damasco. Nuevo parto donde Pablo renació a la novedad de una vida distinta, diametralmente opuesta a su vida anterior.

Todos estamos llamados a personalizar la experiencia paulina. En cualquier momento todos podemos “caer del caballo” y escuchar una nueva llamada personal con nuestro propio nombre, en algún “camino de Damasco” impensado. Todos podemos reaccionar como Pablo y adoptar el convencimiento y las actitudes que le hicieron el Apóstol de las gentes, cada uno en nuestra situación personal concreta y a nuestro modo.



El ser humano es objeto de la Consolación de Dios y por ello se convierte en sujeto de consolación para sus hermanos. Necesariamente ha de ser un sujeto dócil y transparente. Cristo tiene que pasar por mí, vivir en mí, irradiar desde mí.

Para eso nos eligió Dios desde la eternidad, nos adoptó para fuéramos como Jesucristo, su primogénito: en su Hijo nos miró con buenos ojos, le agradamos, soñó grandes cosas para nosotros. Para que las realizáramos con su Hijo y como su Hijo y fuéramos así “alabanza de su gloria” (Ef 1,4-12).

Se trata de una transformación interior que se realiza por la fe, por puro don de Dios. No es esfuerzo de nuestra parte, no es conquista por nuestros méritos. No se trata de entrar en una vía de competición para ganar algo. “Es Dios el que obra en nosotros el querer y el hacer según su Plan” (Cf



Pilp 2, 13). “El que empezó en nosotros la buena obra la culminará” (Filp 1,6; 2Tim 1, 12)

Cristo pasa por el individuo. Con su Paso lo transforma, a cada uno según el plan que le trazó. A todos nos convierte en cauces, en pregoneros para todos los demás, especialmente para sus próximos. San Agustín decía “Temo al Dios que pasa”, porque cada uno de sus pasos es único. Volverá a pasar, pues él nunca se cansa, pero si en aquel paso anterior no le recibí adecuadamente, no le abrí mi puerta, no le ofrecí espacio en mí, algo se perderá de su Gracia, de su Redención, de su Consuelo.

Con la constante “pascua” de Cristo por nuestra humanidad se nos introduce en un doble proceso:

1) Personalización. El encuentro interior con Cristo, nos confirma en nuestra identidad de hijos de Dios, personas libres en plenitud, sujetos de de-

rechos y obligaciones, llamados a transformar el mundo con nuestra actividad y nuestro sentido de responsabilidad. Destinados a la felicidad eterna. Nos sitúa en un camino de madurez humana, de excelencia sin límite.

“Hasta la perfección consumada de todos... cual varones (hombre y mujer) perfectos”. No necesita encontrar en nosotros perfección, pero si presentamos a Dios una naturaleza humana adulta, cultivada y consciente de sus posibilidades, trabajará de forma diferente. Santo Tomás afirma: “Dios no cambia la naturaleza, la transforma”

2) Cristificación. El poder de la Resurrección de Cristo nos invade y capacita para dominar al hombre viejo y lo transforma en una criatura nueva. Que afrontará sin miedo las dificultades de la vida. Asimilará los sentimientos del mismo Cristo, adoptará sus actitudes y pondrá en acto sus obras. Estará pronta para trabajar sin cansancio en el “dominio de la tierra” Gn 1, 26, “hasta que Dios sea todo en Todos” (1Cor 15, 28)

San Pablo es prototipo de este proceso. Testimonio de una acogida y una docilidad totales. El mismo lo manifiesta cuando afirma: “Vivo yo más ya no yo, es Cristo quien vive en mí” (Gal 2, 20).

“**Vivo yo**”. Pablo tiene conciencia lúcida de su propia realidad personal. Se conoce a sí mismo. Expresa dominio de sí, ha controlado sus capacidades. Se siente libre. “Vivo yo”, luego no me viven, no me manipulan, soy yo quien decide y controla mi propio vivir. Es la afirmación realista y serena

de un adulto, consciente de su realidad profunda y de sus posibilidades.

“Más ya no yo”. Por opción personal libre Pablo ha hecho una auto-renuncia, ha marginado su propio yo para dejar su espacio vital vacío de sí mismo, disponible a una nueva Presencia arrolladora, a una nueva naturaleza de orden espiritual, a una nueva personalidad.

“Es Cristo quien vive en mí”. Ha hecho propios los sentimientos de Cristo, sus actitudes, sus intereses, su Misión. Las Hermanas de la Consolación estamos llamadas a vivir y proclamar como Pablo. “Nuestra espiritualidad tiene como fundamento a Cristo en la unidad del misterio trinitario. Enviado del Padre “que consuela a los débiles” (2Cor 7,6). El es manantial y modelo de toda caridad consuelo y perfección. El Espíritu Santo Consolador nos irá revelando su misterio y nos conducirá a la unión y configuración con Cristo”(C 5).

Su confesión se repite en la carta a los Filipenses: *“para mí la vida es Cristo y el morir ganancia”*. Para Pablo la vida, su existencia toda es Cristo. Solo en Cristo encuentra sentido a todo. Preferiría morir para estar definitivamente con Cristo (Filp 1, 21- 24). Preferiría la muerte pero encuentra sentido a la vida en el ejercicio de su ministerio, siendo instrumento de Consuelo para sus hermanos. Le urge la Misión “¡ay de mí si no evangelizara!” (1Cor 9, 16-19).

“La Misión de Cristo, confiada a su Iglesia, es la que la misma Iglesia nos confía al reconocer

nuestro Carisma. Todas las Hermanas y todos los que participamos del Carisma quedamos comprometidos en la obra de encarnar en la vida, testimoniar y proclamar el mensaje de la misericordia y la consolación de Dios, revelado en Cristo”. (Cf. C. 53). ¡Ay de nosotros si no evangelizamos! Podemos y debemos decir y sentir. Nos urge el Amor de Dios y la fuerza de su Consolación redentora regalada a Santa María Rosa Molas.

Seguiremos mirando a María la humilde Madre del Consolador, como signo de esperanza y consolación, para que nos conceda el gozo de anunciar a Cristo y nos sostenga en nuestro servicio de consolar. (Cf C. 61).

CONCLUSIÓN

DONDE EL ESPÍRITU DECIDA

En los Hechos de los Apóstoles capítulo 15, hay un momento de la primera Iglesia sumamente feliz. Un momento de verdadera consolación: se ha celebrado el Concilio de Jerusalén. Asamblea modélica en la que cada uno ha hablado y todos se han escuchado. Al final deciden enviar una Carta a los de Antioquía para liberarlos de sus dudas acerca de la circuncisión. En la carta les dicen: “El Espíritu Santo y nosotros hemos decidido” (Hch 15,28).

Al terminar este trabajo también nosotras podemos afirmar: El conocimiento del Carisma de Consolación se ha ido desarrollando cuando el Espíritu Santo ha decidido y ha encontrado en las Hermanas y en los laicos una disposición propicia y una decisión real de conocer y vivir el Carisma.

En este trabajo hemos ido siguiendo la intervención del Espíritu Santo a través del tiempo en la revelación de un Carisma: Consolación. A partir

de ahora cabe la pregunta: ¿Hacia dónde seguirá el Espíritu? ¿Cómo nos moverá a decidir con El los futuros caminos? No hay respuesta. El Espíritu es imprevisible, sopla donde quiere. “El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de donde vienen ni a dónde va; así es todo nacido del Espíritu” (Jn 3, 8).

Nicodemo queda perplejo ante la respuesta de Jesús: Para darle una pista de salida en sus dudas Jesús le propone la fe en Jesucristo. “Todo el que creyere en él tendrá la vida eterna”(Jn 3, 15).

En el discernimiento del futuro solo tenemos un camino. La fe en Jesucristo. Jesucristo es el camino. (Jn 14, 6) Correr siguiéndole a él, “con los ojos fijos en él, el consumidor de la fe” (Cf Hb 12, 1-3).

Seguir a Jesucristo que pasó haciendo el bien” (Hch 10, 37-39). Que enseñaba, predicaba, curaba... Obras de Misericordia que consuelan al ser humano en todas partes, de todas las razas y culturas, de todos los tiempos.

Seguir a Jesucristo que se atrevía a hablar de consolación trascendente, eterna (Jn Jn 11; Mt 10, 38-39). Que no tenía reparo en revelar del misterio de la cruz para consolar (Mt 16, 21-25; Mc 8, 34-35). Que anunciaba su muerte e invitaba a perder la vida, “porque quien la pierde la encuentra”. Que mostraba las cicatrices de sus heridas para garantizar la validez del sufrimiento (Jn 20, 20; Lc 24, 38-40).

Seguir a Jesucristo sin miedo, con ingenua valentía, como lo hicieron los Santos. Con la total seguridad en la resonancia de la Promesa profética realizada ya en El.

*“No temas tierra; alégrate y gózate,
porque son muy grandes cosas
las que hace Yahveh ...*

*Alegraos y gozaos en Yahveh vuestro
Dios que os dará la lluvia a su tiempo
y hará descender sobre vosotros
la tardía y la temprana de otras veces ...*

*Alabareis el nombre de Yahveh,
vuestro Dios,
que hizo con vosotros maravillas
y jamás será confundido mi pueblo.*

*Sabréis que en medio de Israel estoy yo y
que yo soy Yahveh vuestro Dios
y no hay otro,
y jamás será mi pueblo confundido”*

(Cf Jl 2, 21-27)

BIBLIOGRAFÍA

Esta bibliografía es atípica. Está lejos de ser exhaustiva y es totalmente específica. Ha sido seleccionada atendiendo a diferentes aspectos o grados de influencia:

Inspiradora.

- Asensio, Félix S.J. La consolación Bíblica: cauce central y ramificaciones. Edit. Hermanas de la Consolación. Roma 1993
- Francisco. Bula de convocación del Jubileo Extraordinario de la Misericordia. (11 abril 2015) Libreria Editrice Vaticana.
- Maestro Eckart. El Libro del Consuelo divino. Aguilar. Buenos Aires 1955. Hay multitud de ediciones recientes.
- Manyá, Juan Bautista. La piedra de la que fuisteis talladas. Serie Consolamini N° 8. Tortosa 1986.

- Varillon, Françoise S.J. La souffrance de Dieu. Le Centurion, 1975. Última edición Ed. Bayard 2005
- William P. Sampson S.J. The Coming of Consolation, How God gets through to us. Manila Philippines Ed Paulinas 1992. Primera edición, Ohio 1986

Relacionada:

- Autores Varios. Perfil humano, espiritual y consolador de la Beata María Rosa Molas. Serie Consolamini nº 7. Roma 1978
- Hermanas de Ntra. Sra. de la Consolación. Constitutions 1983. Manila 2011
- León Tomás, Sebastián. Instrumento de misericordia y Consolación. Serie Consolamini 2. Roma 1977
- Luzarraga, Jesús. La integración vocacional a la luz de la Sagrada Escritura. Estudio Agustiniano Vol. 19, 1984. Ps. 135-156
- Price, Eugenia. God speaks to women today. USA Zondervan 1984
- Ros Nortes, Carmen. María, Madre de la Consolación. Roma, Edit. Hermanas de la Consolación. Roma 1985
- Seguí Orfila, Matilde. La Consolación. Estudio de un carisma. Edit. Hermanas de la Consolación. Roma, 1979

Imprescindible para profundizar en el tema:

- Casaus Cascán, M^a Esperanza NSC. Misericordia y consolación. Nuestro carisma desde Dios a la vida. Edit. Hermanas de Ntra. Sra. de la consolación. Madrid 1999
- García Fernandez, Marta NSC.
 - Consolad a mi pueblo. El tema de la consolación en el Deuteroisaiás. Analecta Bíblica 181. Ed. Gregorian Biblic Press 2010
 - Made in consolación. Serie Familia Consolación. Edit. Hermanas de la Consolación 2011
 - Yo estoy haciendo algo nuevo. Un ensayo de teología bíblica sobre la consolación. Editorial Verbo Divino 2011

INDICE

Introducción	5
Nota crítica	9
1. En el presente	11
2. Prehistoria de un carisma	15
3. Manifestación en la Historia.	17
4. En busca de datos (pistas).	19
• 1857 a 1926.	19
• 1926.	19
• 1969-70	20
• 1971.	21
• 1977.	21
5. Misterio gozoso	23
6. Tarjetas de visita de Dios	27
• Dialogando con Moisés: Humildad.	29
• Avanza la revelación: Misericordia.	32
• Plenitud de la Promesa: Consolación	34
7. Trayectoria de la Promesa	37
8. Escrutad las Escrituras	39
9. La consolación de la promesa.	43
10. No solo elegidos	49
11. Promesa cumplida.	53
12. Cristificación.	57
Conclusión	65
Bibliografía	69
Índice.	73

